



# HAVANA TAXI

**Ståle Wig**, escritor y antropólogo, es autor de una tesis doctoral sobre las reformas del mercado cubano, basada en casi dos años de vida en La Habana. Tras siete años de trabajo, *Havana Taxi. Cuba y los años de la ilusión* marca su debut en lengua española.

Ståle Wig

# HAVANA TAXI

CUBA Y LOS AÑOS DE LA ILUSIÓN



De la presente edición, enero de 2026

- © Ståle Wig
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[www.hypermediamagazine.com](http://www.hypermediamagazine.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición: Ladislao Aguado  
Maquetación y corrección: Editorial Hypermedia  
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-78-2

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*Si queremos que todo siga como está,  
es necesario que todo cambie.*

GIUSEPPE DI LAMPEDUSA, *El Gatopardo*



LÍNEA DE SALIDA





Esa noche llovía en La Habana y yo pensaba que este libro nunca iba a ver la luz. Habíamos pasado la tarde entera fajados con el carro, porque al otro día teníamos que llevarlo a la revisión técnica para poder registrarlo como taxi. Le engrasamos el eje, lavamos el chasis y le dimos una mano de pintura por encima de aquella soldadura tan fea. Un socio nos prestó las manillas de las puertas traseras. Todavía nos faltaban los limpiaparabrisas, pero yo conocía a alguien que podía prestarnos un par. La idea era maquillar lo mejor posible a la vieja dama, a ver si un inspector de tránsito se apiadaba de ella y nos la declaraba apta para rodar. Si lográbamos pasar, ya estábamos listos pa' empezar en el negocio del taxi.

Y aun sabiendo todo eso, aun sabiendo que al otro día tenía que salir todo bien, fui tan comemierda que me tiré a dar una vuelta de noche. Le había dicho que sí a David, un amigo que se ganaba la vida dando consejos y haciendo de guía espiritual para la gente. David vivía en San Miguel del Padrón, allá arriba en una loma donde La Habana empieza a desparramarse en casas sueltas y fincas.

El tráfico corría fluido desde el centro, las gomas estaban bien infladas, los faroles alumbraban en dorado la penumbra y, por una vez, puse tercera sin pelea. El

timón se sentía firme. Cambiar el eje de tracción fue mano de santo: el juego muerto del volante bajó de ciento ochenta a noventa grados. El carro seguía virando como un barco, pero las ruedas respondían más rápido y trazaban curvas más cerradas.

Crucé el puente de Vía Blanca y subí por toda la calzada de Güines sin caer en un solo hueco. Ya me sabía ese camino de memoria y me sentí especialmente orgulloso de haber tomado la curva siguiendo el rebufo de una guagua y haber esquivado un hueco que parecía un cráter, sin reventar una goma ni nada.

Un carro del 53 había que saberlo llevar; y, encima, los choferes como yo —sin un punto fijo de diésel en el mercado negro— no podíamos darnos el lujo de manejar a lo loco, tirando el combustible. Uno de los trucos era poner punto muerto justo antes de alcanzar la punta de la loma y luego dejarse llevar impulsados por el peso muerto del almendrón. En la bajada, si había suerte, podías rodar en libre más de un kilómetro. Cuando ya me iba acercando al final de la cuesta rumbo a San Miguel, tiré la palanca hacia mí y dejé que el carro flotara como si saliera disparado de rampa abajo. Sentí entonces un cosquilleo en la barriga, el motor entró en ralentí y lo único que se oyó fue el traqueteo sabroso que salía del capó: *rakata-rakata*.

Estacioné junto a una chiva amarrada a un árbol. David me recibió con una sonrisa y un comentario: «¿Y ahora es que tú apareces!?». Me pidió que esperara en una salita al fondo del patio, construida con fines religiosos. En una esquina había un altar con las deidades. Una película de Bollywood corría en silencio en una pantalla plana. Al poco rato, empezaron a oírse tambores y cantos desde el cuarto de David, y una mujer vino a traerme café. «Él regresa en un momento».

Se acercaban las vacaciones de verano, y mucha gente buscaba los servicios espirituales de David. Al cabo de veinte minutos, me tocó entrar. David llevaba puesto un gorro de cuadros rojos, ancho como el de un panadero, que indicaba que era devoto de Changó, el orisha de la guerra y el trueno. Tenía el cuerpo fornido de un luchador, pero su cara era dulce, casi infantil, y ahora volvía a iluminarse al verme.

¡Estoll! —a los cubanos se les dificultaba pronunciar mi nombre, y no los culpaba.

David se lavó la cara y las manos y me pidió que hiciera lo mismo. Luego colocó una mitad de coco sobre la mesa, encendió un tabaco y vertió un puñado de caracoles blancos y negros en la mano. Se los frotó con ambas palmas mientras recitaba una oración, y luego los lanzó sobre la mesa. Comenzaba la consulta.

—Estoll —dijo David—, yo veo... —Se inclinó sobre la mesa—. Veo algo con papeles, unos *papeles* en los que estás trabajando. Un proceso con papeles, eso es lo que me dicen.

David levantó la vista. Yo asentí, pensando en la inspección técnica de la mañana siguiente. Si todo salía bien, podríamos empezar a trabajar como taxi legal. Ya habíamos hecho algunos viajes nocturnos sin licencia, pero eso era peligroso a la larga.

—Ten cuidado con esos papeles, ten *cuidado*. Eso va a exigirte mucho, ¿me oyes?

David hablaba de corrido, como sin respirar.

—Tienes que prepararte bien, ¿me estás escuchando, Estoll?, prepárate bien.

Le conté sobre la cita que teníamos con los inspectores de transporte, y David murmuró una oración por el infierno burocrático que se nos venía encima.

—Ahora me dicen, ¿me oyes, Estoll?, me están diciendo que no te amarres demasiado a una sola persona. Eso no va a traer nada bueno.

Pensé en el libro que estaba empezando a escribir. Ya había decidido que tenía que contar varias historias a la vez, no solo una. Una de esas historias iba a ser la del carro que había comprado. Pero también intuía que yo mismo iba a ser apenas un personaje secundario, y que el libro tenía que tratar sobre algo más que el carro. Quería hablar de la gente que estaba empezando a conocer, cubanos comunes viviendo tiempos fuera de lo común. No aferrarse demasiado a una sola persona sonaba como un buen consejo. Asentí de nuevo.

—Tienes que hacer lo que ya decidiste —dijo David—. ¿Me oyes? Mantente en el camino que escogiste.

Estaba bien haber ido por fin a buscar protección y hacerme una limpieza.

Cuando terminó la lectura, David me pidió que me pusiera de pie.

—Cierra los ojos y aguanta la respiración.

Se llenó la boca con ron blanco, dio un paso atrás y me roció el cuerpo por ambos lados. Después me sopló humo de tabaco en la cara. Ya estaba limpio.

Le di a David unos pesos por el trabajo y nos despedimos. Al salir, me alargó una piedra de la suerte que debía llevar siempre en el bolsillo y uno de los gorros a rayas rojas de la santería.

—Póntelo cuando estés en líos.

Guardé la piedra en el bolsillo, doblé el gorro y me monté en el carro. David se asomó por la ventanilla del pasajero y señaló hacia la ciudad.

—Se viene la crecida —dijo con tono profético—. La lluvia es una bendición.

Las lluvias de verano en La Habana podían recordar pasajes bíblicos. Yo mismo me había visto, semanas atrás, caminando con el agua por las rodillas.

Mientras salía marcha atrás del garaje, las primeras gotas comenzaron a caer pesadas sobre el techo del carro. Para cuando llegué a la carretera principal, ya llovía parejo. Sin limpiaparabrisas, la visibilidad era casi nula, pero con las luces y el nuevo sistema eléctrico, creí que podría arreglármelas. Pisé el botón de luz en el suelo para encender los faroles, pero la lluvia —esa bendita lluvia— había cortado el contacto. Mal augurio para el camino de regreso, y peor aún para la prueba técnica de la mañana siguiente. Pisé y maldije, maldije y volví a pisar, sin éxito. Así que la vieja máquina y yo rodamos rumbo al centro, envueltos en una oscuridad mojada.

A esa altura yo todavía no tenía muy claro en qué me había metido. Había venido a Cuba a investigar. Mi trabajo era hacer trabajo de campo antropológico para una tesis doctoral sobre las reformas económicas que Raúl Castro, el nuevo presidente, había empezado a implementar. Fidel Castro ya estaba viejo y débil. La isla, decían, se estaba abriendo al mundo. «Vete ahora, antes de que sea demasiado tarde».

Además de la investigación, me habían dado una beca para escribir un libro sobre Cuba. Como experimento literario, empleé el dinero para comprar un carro: un Buick Roadmaster Sedán del 53. Era lindo a la vista, con una pintura verde menta opaca. A lo largo de las puertas laterales, desde la rueda trasera hasta la delantera, corría un arco de acero curvado como una flecha. Los faroles redondos miraban el camino como ojos de pescado, y, por dentro, el timón y los asientos eran originales, forrados en un cuero blanco que ya se

había vuelto amarillo. Pero yo no sabía nada de motores ni de carros antiguos, más allá de que había que estar reparándolos todo el tiempo.

Un poco más abajo, casi al final de la loma sentí que el asiento del chofer comenzaba a vibrar. Al bajar la velocidad, reconocí el sonido: ya me había pasado dos veces. Tenía una goma ponchada. Por suerte, un poco más adelante había un servicentro. «¿Aire?», grité por la ventanilla, pero el empleado solo negó con la cabeza. El más cercano quedaba en la Virgen del Camino. No estaba seguro de llegar antes de que la llanta quedara en el puro aro. Una curva brusca podía arrancar la gom. Aceleré hacia la próxima intersección, pero tuve que clavar los frenos cuando un Lada azul me embistió desde el costado. Los frenos del carro respondían como un trineo, y seguí de largo hacia el Lada. Lo que me salvó fue el separador central: al virar de golpe, las ruedas chillaron como en una persecución de película vieja de gánsteres. Seguí rodando despacio, y desde la acera alguien gritó algo al ver la maniobra. La goma ya casi estaba en el suelo.

En el siguiente servicentro tampoco había bomba de aire. El empleado me dijo que la más cercana quedaba en dirección contraria, que ni pensara en seguir. Señaló hacia el lugar del que venía, pero decidí jugármela y continuar. Quedaba una última opción: una gasolinera abierta las veinticuatro horas, detrás de la universidad, a unos diez minutos de allí. La rueda iba dando tumbos, y me estremecía de solo imaginar lo que estaría pasando con la llanta. Si quería llegar a tiempo, iba a necesitar un golpe de suerte. Otro más.

Respiré hondo y estiré la mano hacia el gorro rojo de David, que estaba en el asiento del pasajero.

Ahí estaba yo, entonces, en mi Buick del 53, empapado en ron, con una piedra afrocubana de la suerte en el bolsillo y un gorro de santería en la cabeza... y de pronto recordé lo que mi amigo Fernando me había dicho ese mismo día en la mañana. Fernando era un profesor de antropología que fumaba como un condenado, y que yo visitaba de vez en cuando; tenía conexiones dentro del Partido Comunista. Me había aconsejado mantener un perfil bajo, sobre todo ahora que me estaba metiendo con lo del taxi. «No llames la atención», me había dicho. «Si la policía te agarra, aunque sea por una bobería, te sacan del país. Ten cuidado, ya saben de ti. Y te están chequeando».

En ese momento empezó a sonar un ruido seco y repetido, *tunk-tunk-tunk*, en la parte trasera del carro. La lluvia corría por el cristal, el sudor me ardía en los ojos, pero no me quedaba otra que seguir. Me quité la camiseta y me sequé la cara con ella. Al llegar a la avenida que lleva a la universidad, me pasé un semáforo en rojo sin darme cuenta. El estrés ya me estaba volviendo ciego. Por suerte, la calle estaba vacía —y justo ahí apareció la salvación.

Cuando el dependiente de la gasolinera conectó la manguera a la válvula y sentí cómo el carro se levantaba, me dieron ganas de lanzarme sobre su cuello peludo de la emoción, pero solo le sonreí y le di cinco pesos. Me puse la camiseta de nuevo y salí en marcha atrás. La goma parecía estar bien. Aunque los faroles seguían apagados y probablemente el neumático estuviera pinchado, ya tenía suficiente aire como para terminar el trayecto. El cruce detrás de la universidad estaba oscuro, pero más adelante brillaba la salida hacia Cayo Hueso: ya casi estaba en casa.



Y fue justo ahí, cuando me estaba felicitando por haber sorteado todo tan magistralmente, que me di cuenta de que iba directo al precipicio. Un Lada blanco con las letras PNR en la puerta —Policía Nacional Revolucionaria— estaba estacionado bajo un árbol junto a la salida. ¿Estaba vacío? No tenía las luces encendidas, pero distinguí dos figuras junto al carro. Apreté las manos en el timón, rechiné los dientes y me encorvé sobre el volante, como si el cuerpo intentara hacerse más pequeño. Rodé por el cruce con la inocencia de quien pasea un carro de bebé. No me ven, pensé, no me ven, la oscuridad me protege, o tal vez no les importa, qué le va a importar a dos policías perezosos un inocente y pequeño... Faltaban unos veinte metros cuando dos ojos se cruzaron con los míos. El policía, con gorra de visera azul, camisa gris y un walkie-talkie en el cinto, se apoyaba en el capó del patrullero. Parecía que había estado esperando toda la noche ese momento, porque se plantó en seco, levantó el walkie-talkie y gritó algo por la radio. Su compañero corrió hacia la puerta del conductor y se lanzó dentro.

En ese instante mi conciencia dejó de funcionar, y fue mi cuerpo quien tomó el mando. El cuerpo había escuchado la advertencia de Fernando, el cuerpo entendía lo que estaba en juego. Si me paraban ahora, no solo perderíamos la prueba técnica del día siguiente: podían quitarle la matrícula al carro. Podían anular mi permiso de residencia. El libro, mi investigación, todo mi maldito proyecto se iría al carajo. El cuerpo decidió que el pie derecho era la salvación: una planta contra el acelerador, una mano en la palanca de cambios, tercera, suave, cuarta, las dos manos aferradas al timón. El motor respondió, y pronto los policías empezaron a encogerse en el retrovisor: treinta metros, luego cuarenta.

En lo alto de la loma, me encontré de frente con una guagua de ruta. Dale, dale. Era lenta hasta para los estándares cubanos. Pensé en salirme al otro carril para rebasarla, pero el escape escupía un humo negro que me dejaba sin visibilidad. Y allá atrás, ¿qué pasaba allá atrás?

Dentro de esa nube de hollín, por un segundo pensé que tal vez todo había sido un invento mío. Quizás la policía no venía detrás de mí; a lo mejor los habían llamado para otra cosa justo cuando yo pasaba por allí.

No tenía claro qué era lo que había hecho mal. Tiempo después me diría que un par de faroles rotos no daba para tanto alboroto. Pero después de unos meses en La Habana, la paranoia ya me había calado el cuerpo, y sentía todo el tiempo que tenía algo que esconder. Por eso lo mejor era escapar.

Ya no se veían los patrulleros —quizás nunca estuvieron ahí. ¡Qué exageración la mía, por Dios!

Pero antes de que pudiera seguir engañándome, las luces azules empezaron a reflejarse por todas partes: en el humo, en la ventanilla, dentro del carro. Todavía les llevaba como cien metros de ventaja. Vi un parqueo para guaguas y se me ocurrió una idea pésima. Tal vez, si apagaba el motor, la oscuridad los haría pasar de largo sin verme. Me metí en el parqueo... pero enseguida me arrepentí y me pegué de nuevo detrás de la guagua. El corazón me retumbaba; me todo el cuerpo me temblaba.

Me preparé para lo que venía, la caída justo antes de la línea de salida. Cuando la policía me alcanzara, cuando tuviera que parar y abrir la puerta, cuando los agentes sintieran el olor a ron que me salía por los poros y la ropa, justo entonces iba a explicarles que todo había sido un malentendido, que no había visto la patrulla en el cruce. Que por eso no me detuve. Que es-

taba a solo unos metros de la casa del dueño legal del carro. Que tenían que dejarme seguir.

Se acercaba una última salida, una rampa que bajaba pasando la universidad. La guagua giró primero y yo le seguí. Las manos me sudaban y el timón resbalaba. Las gomas chillaron. Con la ayuda de la gravedad, al fin cogimos velocidad. A medio descenso pisé el freno, puse la luz de cruce a la derecha y doblé hacia la izquierda: una maniobra de distracción patética.

Me detuve en el cruce frente a la escalinata de la universidad y miré por el retrovisor. No había nadie. Solo mi cara sudada, con el gorro puesto y las pupilas diminutas como cabezas de alfiler, devolviéndome la mirada. El volante vibraba bajo mis manos, y hasta media hora después, cuando intenté escribir todo lo que había pasado, todavía me temblaban los dedos. El libro estaba a salvo. La historia podía empezar. Lo que no sabía era que esa noche no se compararía con lo que vendría después. Ni que la historia que algún día contaría, había rato que había comenzado.

## PARTE UNO



*Dieciocho meses antes*



## LA MENTIRA

Los días que cambian el mundo empiezan como cualquier otro, y nada hacía pensar que Norgés Rodríguez iba a recordar justamente este. La Habana sonaba y olía como él había aprendido a conocerla en las últimas semanas. Mientras caminaba rumbo al último barrio antes de que la ciudad se encontrara con el mar, podía oír el rugido de las olas a lo lejos. Estallaban en estruendos pesados al golpear el muro del Malecón. La cercanía del mar le daba a La Habana un olor propio. El viento salino barría la ciudad y dejaba una capa de agua salada sobre los techos.

Norgés echó una mirada a Taylor, que venía rezagado por la calle.

—Nene —le dijo, con uno de los apodos que usaban entre ellos—. ¿Cómo estás?

—No me hables —dijo Taylor, dirigiéndose a un banco en la acera.

Norgés no supo bien qué decir y se sentó a su lado. Taylor se pasó las manos por el pelo liso y negro, y se metió los pulgares en los oídos para bloquear el ruido



del tráfico y del mar. Respiraba fuerte por la nariz. Los ojos le lloraban, como siempre que le daban migrañas. Norges quiso abrazar a su novio, pero en La Habana ya no quedaban pastillas de las que necesitaba, Excedrin, y sin eso no había nada que le calmara el dolor.

No hacía mucho, Norges había sido un muchacho bastante común de Santiago, la segunda ciudad más grande de Cuba. Creció en Los Pinos, un barrio obrero en las afueras, hecho de casas sencillas de bloques de concreto. En esos barrios solían convivir tres generaciones. Allí estaban los abuelos, que habían entregado su vida a la revolución de Fidel Castro en 1959. Allí vivían los padres y madres, que se educaron en los años setenta y ochenta, y trabajaron para que la revolución funcionara. Y también vivía allí una nueva generación de jóvenes. Habían crecido en la época de las carencias y la corrupción, después de la caída de la Unión Soviética. Para ellos, Cuba era la isla de los apagones y la escasez. La revolución era una imagen en un libro de primaria, un eslogan en una pancarta. Soñaban con irse, cansados y apáticos ante todo lo que no funcionaba.

Norges había sido como ellos. De adolescente, su plan era terminar la carrera de ingeniería, conseguir una beca y largarse del país. En Cuba no había futuro para los jóvenes, pensaba. Y su familia estaba de acuerdo.

Que Norges no se hubiera ido, y en cambio hubiera cruzado ochocientos kilómetros hasta La Habana para comenzar una nueva vida, se debía a una idea peligrosa, una idea que atrapaba a los jóvenes de vez en cuando. Era la idea de que el mundo podía cambiarse.

*Quédate, no te vayas,* decía esa idea.

*Lucha, y algo cambiará.*

Habían pasado cinco meses desde que Norges conoció al joven que ahora estaba sentado junto a él en el banco. Se habían conocido en el centro cultural estatal para jóvenes, en Santiago, donde Taylor trabajaba. En ese entonces, Norges era ingeniero en telecomunicaciones y estaba allí para instalar una nueva red interna. De rodillas, debajo de un escritorio, con los cables en la mano, oyó una risa contagiosa. Se asomó discretamente y vio a un joven bien arreglado al fondo de la oficina. Taylor era de piel clara, con el pelo oscuro —rapado por los lados, ondulado en la parte de arriba— y tenía unos ojos marrones llenos de amabilidad. A la vez, tenía un aire masculino: pómulos altos, nariz fuerte.

Decir que todo pasó rápido sería quedarse corto. Apenas unos días después de conocerse, minutos después de haberse besado en un cruce frente al trabajo de Taylor, a Norges se le escapó la pregunta:

—¿Te vendrías conmigo a La Habana?

Durante toda su joven vida adulta, Norges había pensado en cómo contarle al mundo que era gay. Su plan era decírselo a su familia y luego irse del pueblo. En Taylor vio a alguien capaz de cambiarle la vida.

Sus amigos decían que Norges era introvertido, pero en los últimos años había empezado a abrirse, sobre todo en internet. Mantenía su propio blog, *Salir a la manigua*, donde escribía textos progresistas y reflexivos sobre historia local, cine, música e internet. Según él, eso ya era posible: expresarse ya no era tan peligroso como antes. Gracias al blog había hecho contactos en embajadas extranjeras y en la prensa independiente. Había en la isla una decena de blogueros como él, repartidos por distintas provincias. Compartían opiniones en páginas caseras y se metían en discusiones

larguísimas en línea. Pero ninguno de ellos —ni siquiera los amigos más cercanos de Norges— sabía lo que Taylor supo aquella tarde, en el cruce.

Norges tenía veintisiete años, estaba enamorado de un hombre y sentía miedo.

Taylor Torres, en cambio, tenía veintinueve, mucha seguridad en sí mismo, tres años viviendo abiertamente como gay, y una madre que lo aceptaba tal como era. Cuando Norges le propuso irse juntos a La Habana, Taylor andaba buscando cómo salir de una relación larga con un cubano celoso y controlador. Le tomó la mano a ese chico desconocido —que ya no le parecía tan desconocido—, sonrió y le dijo con naturalidad:

—Ok, vamos.

A medida que se acercaba el momento de partir hacia La Habana, Norges fue reuniendo valor para salir del clóset. Leía en internet artículos y veía películas sobre gente que había dado ese paso. Ensayaba frente al espejo la conversación que pensaba tener con su madre.

—Mamá —le diría—. Me he enamorado. De un muchacho.

Ella seguramente ya lo sospechaba. Probablemente lo entendería. Pero aquella mañana, cuando al fin decidió contárselo, le faltó valor y en su lugar le mandó un SMS. Pasó todo el día en el trabajo con el teléfono en la mano, esperando una respuesta que nunca llegó. Al regresar a casa, la encontró en la cama. Y supo, por su expresión, que había estado llorando.

—Pero mamá —intentó Norges—, es ahora cuando de verdad me siento bien. Quiero enseñarte una película que lo explica todo. Hay personas que se quitan la vida por no poder decirle al mundo quiénes son...

—¿Te ibas a suicidar tú!? —exclamó su madre—. Ay, Norjito, te criamos lo mejor que pudimos.

Norges sabía que no estaba a la altura de las expectativas de sus padres. Desde niño había sido diferente. Prefería leer o ver la televisión antes que salir a correr con los otros muchachos. Su padre lo había mandado a clases de boxeo, pero nunca logró sentirse cómodo. Norges había construido su propio mundo a través de los libros, la televisión, la radio... y luego ese internet interminable. Su hermana menor, Claudia, era su opuesto total. Cuando recibían visitas, ella entretenía a los adultos cantando y bailando, mientras Norges se quedaba en su cuarto leyendo. A Claudia le parecía que su hermano era aburrido y raro. Su madre lo llamaba con cariño *el viejo*, por lo pensativo que era.

—¡Norjito! ¡Tienes que salir más!

Nunca le había faltado el amor de sus padres. Después de la caída de la Unión Soviética, su padre había empezado a vender naranjas en la calle, además de trabajar como maestro. Pero por las noches, los niños se reunían con él alrededor de la mesa del comedor. El padre les contaba de su día, y a veces, la madre y Claudia cantaban, y Norges se unía también, aunque con más timidez. En verano, cuando se iba la corriente y los ventiladores eléctricos no servían, sus padres los acostaban en la azotea y les abanicaban con hojas de palma toda la noche para que pudieran dormir.

Y aun con todo ese cariño y esa sensación de seguridad —a la que Norges, algún día, desearía poder regresar—, había una mentira en la familia. No era cierto, como creían sus padres, que Norges era un muchacho como los demás, que pronto encontraría una novia y formaría una familia. La verdad era, al parecer, más de lo que ellos podían soportar, por ahora.

Su madre lo miró entre lágrimas, como si hubiera fallado.

—Tú no lo entiendes —dijo él—. Estoy enamorado.

Ella no respondió. Se cubrió la frente con la mano y señaló hacia el salón.

—A tu padre le duele el pecho. Él también ha llorado.

Ese día, Norges cortó el cordón de una carga que había arrastrado durante toda su vida adulta. Seguía sintiendo miedo, y no tenía claro hacia dónde se dirigía. Pero cuando estaba con Taylor, sus pasos se volvían más ligeros. La Habana quedaba al otro lado de la isla, pero ahora la distancia parecía menor. Santiago era la periferia; la capital era el centro del tipo de vida que quería tener. Y Taylor estaba lo bastante loco como para irse con él.

Algunas cosas ya estaban resueltas. El novio de su hermana le había conseguido a Norges un trabajo en el Instituto Superior de Arte, la universidad de artes de la capital, donde él trabajaba y su hermana estudiaba. No era gran cosa: Norges sería el encargado de las redes sociales, responsable de administrar la página de Facebook de la institución, ahora que cada vez más cubanos comenzaban a tener acceso a internet. El salario era de trescientos pesos al mes, unos quince dólares escasos, pero podía vivir gratis en el campus.

En la mañana del 17 de diciembre de 2014, estaban buscando trabajo para Taylor. Primero habían pasado por el Ministerio de Cultura, sin suerte. Un funcionario amable les dio un nombre y señaló en dirección a la institución cultural más prestigiosa del país: la Casa de las Américas. Tal vez allí había algún puesto disponible. Estaban ya cerca cuando a Taylor le regresó la migraña.

Más allá del banco donde estaban sentados, un hombre mayor dobló la esquina con un paso más rápido de lo que se esperaba a su edad.

—¿Se enteraron? —dijo al pasar junto a ellos—. ¡Liberaron a los cinco héroes!

No esperó respuesta. Siguió caminando sin detenerse.

Todos los cubanos conocían la historia de *Los Cinco Héroes*, los agentes que habían sido arrestados en Estados Unidos en 1998, tras ser descubiertos como espías cubanos. Un tribunal de Florida los condenó por espionaje, conspiración para cometer asesinato y por actuar en nombre de una potencia extranjera. Las autoridades cubanas alegaban que aquel juicio había sido político: sí, los agentes hacían trabajo de inteligencia, pero no para dañar a Estados Unidos. Habían infiltrado grupos anticomunistas en Miami con el fin de evitar atentados en suelo cubano. El gobierno había lanzado una intensa campaña de propaganda en apoyo a *los compañeros* Gerardo, Antonio, Ramón, Fernando y René, quienes —según se decía— sacrificaron su libertad para defender a la patria, y sufrían una cruel condena en las cárceles del imperio. Durante casi dieciséis años, la campaña por su liberación había sido como un murmullo constante en la vida de todo cubano. Por todas partes había ilustraciones pintadas con cinco rostros duros. «¡Liberen a los cinco!».

Y ahora estaban libres. Taylor levantó la cabeza de entre las manos. Antes de que el viejo doblara la esquina, se giró y gritó:

—¡Y a las doce va a hablar Raúl!

Y desapareció. Norges miró el reloj. Faltaban menos de quince minutos. Se pusieron de pie. En la Casa de las Américas seguramente había un televisor.

En la siguiente cuadra había un carro aparcado en medio de la calle, un cacharro manchado de los años cincuenta. Un joven se agachaba bajo el capó; otro se apoyaba contra la puerta. Norgés alcanzó a oír fragmentos de la conversación.

—Esto va a ser otra cosa —decía uno, emocionado.

La voz que salía del motor sonaba más prudente.

—Vamos a ver qué dicen.

—¿Oíste? —dijo Taylor—. Esto va más allá de los cinco héroes.

Y tenía razón.

La migraña de Taylor se había esfumado. Norgés notó que sus piernas caminaban más deprisa.

La Casa de las Américas era el último edificio antes del Malecón. Su arquitectura recordaba una iglesia moderna, con una estructura gris y vigas blancas de hormigón que se alzaban hacia el cielo. En lo alto se erguía una torre cuadrada con un reloj que marcaba casi las doce. Sobre la entrada principal colgaba un enorme mapa de piedra de América Latina, como recordatorio de que el destino de Cuba estaba atado al de todo un continente. En la Casa de las Américas se reunían escritores, artistas y actores para debates, lanzamientos de libros y proyecciones de cine. Cuando Norgés abrió una página de Facebook para acompañar su blog, la Casa fue una de las primeras instituciones a las que dio «me gusta».

El plan era entregar el currículo de Taylor a un directivo del centro, pero cuando la pareja entró en el vestíbulo, ya no estaban tan seguros de qué era lo más urgente. Llamaron a la puerta de una empleada. Taylor explicó que venía recomendado por un contacto del Ministerio de Cultura, pero la mujer lo interrumpió.

Tenía que ver primero las noticias en la televisión. Podían acompañarla.

Avanzaron a paso rápido por un pasillo con afiches de teatro y arte en las paredes. Una puerta se abrió a una oficina compartida.

Allí estaban sentados los empleados del departamento de comunicación. Nadie pareció notar que dos muchachos se colaban y se paraban al fondo. Norges siguió la dirección de sus miradas: una pantalla de televisor al fondo de la sala. EN VIVO, decía en la esquina, sobre el logo rojo de CNN Español. Llegaban tarde: Raúl Castro ya había hablado. Pero ahora aparecía otro rostro conocido.

Norges había oído hablar de Barack Obama por primera vez en el verano de 2008. Tenía veinte años durante aquella campaña presidencial en Estados Unidos. Como estudiante en la Universidad de Oriente, tenía acceso a internet —cincuenta megabytes al mes— y podía seguir la contienda entre el candidato republicano y el senador negro de Chicago. Algunos amigos bromeaban diciendo que Norges, con su piel color castaño, sus orejas salientes y su forma pausada de hablar, se parecía a una versión caribeña de Obama. No era la peor comparación.

En la universidad, la conexión era lenta y muchas páginas —como el *Miami Herald*— estaban bloqueadas. Por suerte, el padre de Norges trabajaba en un hotel del centro, y le permitía usar una de las computadoras de la oficina detrás del *lobby* para estudiar. Cuando nadie lo veía, navegaba sin parar. En el Hotel Bayamo, Norges leía las columnas del corresponsal de la BBC en Cuba, Fernando Ravsberg. Leía el *Miami Herald* y el diario español *El País*. Sentado frente a la pantalla, po-



día perder por completo la noción del tiempo. También seguía las transmisiones de la campaña electoral junto a su padre, desde los televisores del *lobby*.

—Esto no es solo sobre el futuro de Estados Unidos —le dijo su padre una noche.

Norges entendía a qué se refería. Como primer presidente negro, Obama también representaría una parte de su historia; su victoria sería también una victoria para ellos.

La bisabuela de Norges, Agustina, había crecido como cocinera y criada para hacendados franceses durante los últimos años de la esclavitud, en la década de 1880. Sus padres habían sido de los últimos en ser arrancados de algún lugar de África Occidental y vendidos como esclavos en la colonia española. La hija de Agustina, Panchita, fue la primera en la familia que aprendió a leer. En 1957, dos años antes de la revolución, se mudó del campo a la ciudad de Santiago. Cuando Panchita estaba embarazada del padre de Norges, trabajaba como empleada doméstica para un matrimonio blanco acomodado. Su padre creció en la casa que Panchita y su esposo construyeron en Los Pinos, un nuevo barrio levantado en una llanura a las afueras de la ciudad, donde las calles ni siquiera tenían nombre.

—Estas elecciones son sobre ti y sobre mí, y sobre toda América —le dijo Norges padre, asintiendo hacia la pantalla.

La noche de las elecciones, el 4 de noviembre, padre e hijo se acomodaron en el *lobby* del hotel. El padre pidió una cerveza Beck's para cada uno mientras los resultados iban apareciendo. Norges sentía las palmas húmedas a medida que California, Illinois, Oregón y

Hawái se pintaban de azul en la pantalla. Cuando finalmente apareció el resultado con letras brillantes — *BARACK OBAMA ELECTED PRESIDENT*—, el padre se levantó sin decir una palabra. En Times Square, en Nueva York, la gente se subía a los techos de los taxis amarillos y gritaba de alegría hacia el cielo.

*Yes we can. Sí se puede.*

En Chicago, la cámara se detuvo en el rostro del activista por los derechos civiles Jesse Jackson, que estaba deshecho en lágrimas. Norgés miró de reojo, y tuvo que tragar en seco al ver que su padre también lloraba.

—Esto es grande, Norjito. Esto es grande para toda América Latina —dijo, rodeándolo con los brazos y abrazándolo con fuerza.

Cuando salieron a la cálida noche de noviembre, las calles estaban en silencio. En el asiento trasero de la moto taxi que los llevaba de vuelta a casa, Norgés sintió cómo comenzaba a germinar en él un orgullo inesperado, casi inexplicable. Ya acostado, no pudo dormir. Se quedó mirando el techo, pensando en el lema de Obama: *Sí se puede*. A la mañana siguiente, sacó una libreta y empezó a escribir una carta.

«Querido señor presidente», puso con su mejor caligrafía.

En la carta al recién electo líder, Norgés describía el orgullo que lo atravesó, como «un estudiante cubano de veinte años y de color», al verlo pronunciar su discurso de victoria en Chicago. «Mi padre y yo seguimos toda la transmisión por televisión —escribió—. Sentimos tu victoria». Norgés hablaba del despertar de la esperanza que Obama había provocado. En Cuba también un nuevo presidente había asumido el poder: el hermano menor de Fidel, Raúl Castro.

«Creo en usted, señor presidente —escribió—. Usted puede ayudar a cambiar mi país».

A su padre le pareció una carta magnífica. Norges, entusiasmado, pensó: *tengo que encontrar a alguien que me la traduzca al inglés*. Debía de ser posible enviar una carta a la Casa Blanca. Pasó el texto a computadora, pero empezó a dudar. ¿Qué diría el correo cubano si un joven enviaba una carta al nuevo líder de Estados Unidos? No temía represalias, pero ¿permitirían siquiera que una carta así llegara a destino? Pasaron los días, y Norges no la envió. Archivó esa carta en su interior, sin llegar a creer nunca que recibiría una respuesta del hombre más poderoso del mundo.

Seis años más tarde, en una oficina de la Casa de las Américas, llegó, sin embargo, una forma de respuesta.

—Buenas tardes —saludó el presidente de Estados Unidos, en directo desde la Casa Blanca—. Hoy Estados Unidos cambia su relación con el pueblo cubano.

Alguien, frente al televisor, se había puesto de pie con la taza de café en la mano, interrumpido en plena hora de almuerzo. Obama los miraba desde la pantalla. Con su voz grave, solemne, anunció que Estados Unidos y Cuba restablecerían relaciones diplomáticas tras medio siglo de hostilidad. La política de sanciones y aislamiento venía de la Guerra Fría. Así como la fuerza de la esperanza había derribado el Muro de Berlín entre Este y Oeste, Barack Obama y Raúl Castro derribarían el muro entre Cuba y Estados Unidos. El embargo, dijo Obama, había sido un «fracaso». Había llegado la hora del diálogo.

La noticia confirmó lo que Norges ya había sentido aquella noche frente al televisor del Hotel Bayamo, cuando Obama fue elegido presidente: en este mundo

todo era posible. Cuba estaba a punto de entrar en una etapa en la que la esperanza sería más común que la apatía o el cinismo. Norges lo había escrito en su blog: hablaba de una gran transformación en camino, en la que las generaciones viejas y nuevas se reencontrarían «en el espíritu de Nelson Mandela», para construir una Cuba nueva donde todos los ciudadanos pudieran expresarse libremente y participar en las decisiones.

Primos y primas se habían reído de él. Compañeros de estudios opinaban que era ingenuo creer que se podía cambiar ese país. El futuro estaba en otra parte, fuera de Cuba. Lo llamaban soñador y le advertían:

—Tú eres ingeniero, no periodista —le soltó un amigo—. Dedícate a lo tuyo, vas a buscarte un lío.

Pero ninguno de ellos había entendido lo que se estaba gestando. El tiempo de vigilancia y censura estaba a punto de acabarse, escribió Norges en el blog. «Los elementos grises de nuestra sociedad han sido reemplazados por tonos alegres y coloridos».

Durante un año y medio, Estados Unidos y Cuba habían negociado en secreto. Si dos de los enemigos más empecinados del mundo podían llegar a ser amigos, entonces no había límites para lo que los jóvenes cubanos con pensamiento libre podían lograr. Norges y Taylor salieron de la Casa de las Américas sin ninguna oferta de trabajo, pero el cielo sobre La Habana estaba azul. Taylor tenía los ojos húmedos y hablaba con entusiasmo por teléfono con su madre mientras caminaban hacia la parada del autobús que los llevaría de vuelta al Instituto Superior de Arte, donde vivían. La tía de Taylor se había ido de Cuba en una balsa en 1994 y ahora vivía en Las Vegas. Al fin podrían volver a verse.

Norges caminaba en silencio, sonriendo. Pensaba en todos los que se habían ido de Cuba. ¿Volverían ahora, que la rueda de la historia volvía a moverse? Qué casualidad que su liberación personal coincidiera con el momento más luminoso de la historia reciente del país. Ahora los jóvenes tenían un papel que jugar. Escribiendo y criticando, organizándose y debatiendo, podían mover el mundo.

Norges tenía veintiocho años, estaba enamorado de un hombre y ya no sentía miedo: ni de hablar de su orientación sexual, ni de la policía secreta, *los elementos grises* de los que tanto se hablaba.

Desde la guagua, de regreso al instituto, Norges y Taylor vieron escenas que recordaban a La Habana en enero de 1959. Cuando el dictador Fulgencio Batista huyó del país, el pueblo salió a la calle con banderas y pancartas. Ahora se rompía otra represa. Extraños salían de sus casas y se abrazaban. En la calle 23 los carros tocaban el claxon al unísono. Desde las ventanas y los balcones ondeaban banderas cubanas y estadounidenses. En La Habana Vieja repicaban las campanas de las iglesias.

Esa noche, Norges se sentó con la laptop sobre las piernas, en la acera de la zona wifi frente al albergue estudiantil, buscando palabras que expresaran lo que sentía. El Instituto estaba en una loma cubierta de césped. Afuera del albergue, el farol de la calle no funcionaba, y una decena de figuras se sentaban en el suelo, a oscuras. Pero alrededor de Norges, los rostros jóvenes se iluminaban por la luz de los teléfonos y las computadoras conectadas a internet, como si llevaran antorchas en la noche.

«A veces uno se queda sin palabras», escribió Norges en Facebook. Sus ojos reflejaban el brillo de la

pantalla, sus dedos golpeaban el teclado. «A veces hay tanto que uno quiere decir, pero no sale nada. Tantas emociones... Esperamos que esto sea el comienzo de una etapa en la que podamos redescubrir y transformar este país. ¡Viva la amistad entre Estados Unidos y Cuba!!!!!». Y pulsó «publicar».

Pasarían varios años antes de que pudiera ordenar sus pensamientos lo suficiente como para entender lo que realmente había pasado ese día.

El día de la esperanza.

El traicionero día de la esperanza.

## ÍNDICE





|                           |     |
|---------------------------|-----|
| LÍNEA DE SALIDA           | 9   |
| PARTE UNO                 | 21  |
| La mentira                | 25  |
| La escarcha               | 40  |
| Una hija de la revolución | 49  |
| La Plaza                  | 58  |
| La venganza de Dimitri    | 72  |
| La asamblea general       | 77  |
| Círculos                  | 82  |
| Esposas                   | 92  |
| El toro                   | 100 |
| El deshielo               | 111 |
| La caída                  | 118 |
| Yo                        | 126 |
| PARTE DOS                 | 133 |
| La miga de pan            | 135 |
| El sueño                  | 142 |
| Hacia el cielo            | 147 |
| El arte de resolver       | 156 |
| La primera huésped        | 161 |
| Una violación del orden   | 165 |
| La primera vuelta         | 171 |
| Una mala idea             | 177 |

|                           |     |
|---------------------------|-----|
| Blanco y negro            | 184 |
| La patria y la muerte     | 194 |
| La madrina                | 198 |
| Necesitamos agua          | 202 |
| La ciudad maravilla       | 207 |
| Nace un mentiroso         | 212 |
| PARTE TRES                | 219 |
| El aceite y la maquinaria | 221 |
| El control es mejor       | 230 |
| Mateo                     | 235 |
| La lección                | 240 |
| La sombra                 | 244 |
| El poder popular          | 248 |
| Renier                    | 253 |
| La sorpresa               | 261 |
| El otro lado              | 265 |
| La repetición             | 272 |
| El primer huracán         | 278 |
| Hipócrita                 | 285 |
| Otoño                     | 290 |
| El hedor y la sonrisa     | 304 |
| Una joven comunista       | 310 |
| Él                        | 315 |
| El último viaje           | 324 |
| El ojo                    | 332 |
| Amanecer                  | 343 |
| PARTE CUATRO              | 347 |
| Miami                     | 349 |
| Gusana                    | 358 |
| La ola                    | 363 |
| El miedo                  | 376 |
| Así se hizo el libro      | 394 |
| Gracias                   | 400 |

